

bandejas de plata se ofrecían á los fumadores, se hundieron, digámoslo así, en el ángulo de un divan. Colocado Matusalem entre el médico y el bolsista, comenzó la relación de los sucesos que ya conocemos, reservándose la parte que le convenía callar.

Al fin de su relato planteó la cuestión en estos términos :

—Ahora bien, decidme : ¿qué le conviene?... ¿hacer el oso con la Marquesa ó poseer los trescientos mil duros de la vírgen América?

—No tiene duda, exclamó Guillen, hay que casarlo con la criolla.

—¿Qué te parece, Medina? preguntó Matusalem.

—Me parece, contestó el bolsista, que es una soberbia jugada.

Después de esta conversación se separaron, perdiéndose entre la animada concurrencia que llenaba los salones, donde se hallaba reunida la flor y nata de la sociedad más escogida.

CAPÍTULO V.

Una visita que parece una aparición.

¿Cuántos jóvenes de los que consumen sus rentas ó las ajenas buscando en el laberinto de la vida brillante las más pueriles satisfacciones del amor propio envidiarían á Miguel su afortunada aparición en el mundo? No serían pocos; porque desde la noche que lo hemos visto presentado por la Marquesa y preferido por la criolla, Lanuza era una de esas celebridades de salón, cuyo nombre se repite por todos, como los espejos repiten la imagen, como el eco repite la voz, siendo el tema obligado de las entretenidas conversaciones que hacen tan agradable la vida de la gente desocupada.

No se le conocía ningún mérito verdadero, ninguna cualidad sobresaliente, pero ha-

bia obtenido el favor de la Marquesa y una singular preferencia por parte de la Virgen América, y ambas circunstancias eran bastantes para que las mujeres lo prefirieran á los demas, que no habian sabido adquirir ni los favores de la una ni las preferencias de la otra.

Lanuzza, pues, se veia preferido, lisonjeado; se apetecia su amistad, se solicitaba su conversacion, se celebraban sus chistes, y en una palabra, el gran mundo lo traia y lo llevaba, disputándosele como un objeto de moda único, que todos á la vez apetecian. Semejante alhaja hubiera podido subastarse con un éxito asombroso.

La Marquesa, más curiosa que el *Curioso impertinente*, habia querido poner el amor de Miguel á la prueba de todas las seducciones que el mundo ofrece, porque necesitaba su orgullo la satisfaccion de este triunfo. Le habia sido fácil enamorarle, imponiéndole la suprema ley de sus encantos; mas queria asegurarse de la firmeza de la pasion que le habia infundido, diciéndole al mundo: Éste es el hombre que yo prefiero, que yo amo, que yo

adoro; éste es el que llena mi corazon y mi deseo; dispútamelo.

De esta manera desafiaba al mundo, que le habia robado su primer amor, el amor de su marido, buscando deliberadamente el desquite de aquella derrota. Por su parte, el mundo no vaciló un momento en recoger el guante, haciendo á Lanuzza objeto de todas sus seducciones, y parecia que en este combate locamente provocado, era la criolla la primera que se habia encargado de sostener la lucha.

En cuanto á Miguel, experimentaba esa inquieta felicidad que producen las satisfacciones del amor propio, y empezaba á mirarse á sí mismo con cierto respeto, y paseándose de un extremo á otro de su habitacion, meditaba profundamente acerca de las exigencias más apremiantes, más urgentes de su nueva posicion.

De vez en cuando se detenia ante la luna del espejo que se levantaba sobre el mármol de la chimenea, y allí contemplaba distraído su imágen, atusándose la barba y componiendo sus cabellos para que dieran á su sem-

blante la expresion más noble y más inteligente, y no parecía disgustado del efecto que á sí mismo se causaba.

Sin embargo, no eran los atractivos de su persona lo que principalmente ocupaba su pensamiento, sino la importancia que en el espacio de algunos días habia adquirido su nombre.

Encontraba cierto desnivel entre su nombre y su empleo; era al mismo tiempo dos cosas que no compaginaba cómodamente; hacia en la sociedad un papel demasiado brillante para que pudiera resignarse á continuar siendo secretario del Duque, cuando podia aspirar á la mano de cualquiera duquesa; el demonio de la vanidad se le habia metido en el cuerpo y le hacia discurrir con una lógica de todos los demonios. Hé aquí sus razonamientos :

«Yo soy, decia, el hombre más feliz de la tierra; esto no tiene duda; la fortuna, al volverme la cara, me presenta su aspecto más risueño, puesto que me sonrie con todas las sonrisas del mundo. Puedo decir como César : *vine, vi y vencí*. No hay vani-

dad en reconocer las ventajas de mi posicion lanzando la mirada satisfecha por los horizontes de lo porvenir. No era nada..... ya soy algo..... Luego..... lo natural es que acabe por ser mucho..... No cae todos los días por la chimenea un amor como el de la Marquesa; pero veamos: ¿qué quiere la Marquesa de mí?..... ó mejor dicho: ¿qué soy yo para la Marquesa?..... Hay que elegir entre amante ó marido; hay que tomar su nombre ó darle el mio, y hé aquí un punto que no acierto á decidir. Cualquiera que sea la intensidad de su amor, ¿cómo recibiria la noble señora las pretensiones formales de matrimonio del secretario de su hermano? Además, mi papel de marido no sería completamente airoso..... y luégo..... ¿qué demonio!..... estos corazones novelescos suelen ser inconstantes, y francamente, sería un chasco.

«El papel de amante me halaga, pero no me honra. Luégo que pase el primer efecto de mi triunfo no me será lícito poseer nada sin que la malicia no lo atribuya á las generosidades de la Marquesa, y seré á los ojos del mundo un mortal dichoso alquilado al capri-

cho de una bella señora. ¡Ah! ¡ah! exclamaba; si no fuera marquesa..... ó á lo ménos, si yo fuera duque, podría ser su amante ó su marido, sin que la pasión que siento por ella pudiera prestarse á las interpretaciones de la maledicencia y de la envidia. Verdaderamente, no puedo ser ni más feliz ni más desgraciado.»

Guardó silencio por algunos instantes, al cabo de los que se paró diciendo:

«De todas maneras, mi posición excede á mis más locas esperanzas..... Un duque que me tiende la mano con pasmosa generosidad, una marquesa que me adora en el fondo de su corazón con un amor inexplicable, y una criolla millonaria que me concede el honor de su codiciada preferencia con una bondad inverosímil, son tres personajes fantásticos que viven en el mundo como el resto de los mortales, y cuya realidad jamás hubiera podido imaginarse..... Bah..... tenía yo del mundo una idea bien injusta..... ese tunante de Matusalem tiene razón. Desde aquí me contemplo con aquel gaban raído, con aquel sombrero insepulto, con aquella corbata ca-

davérica, y me parezco á mí mismo un insensato; comprendo que huyeran de mí mis mejores amigos; que Matusalem se avergonzara de mis saludos, que Medina volviera la cabeza por no conocerme, que Guillen huiera por no continuar hablándome. Ahora ya me conocen, estrechan mi mano y me abrazan, celebran mis hazañas, cuentan mis locuras, y hasta aquella miseria con que yo los avergonzaba hace dos meses, me sirve hoy de título á la admiración de las gentes; hasta el mismo Matusalem se muestra orgulloso de haber sido la víctima especialmente elegida para sufrir el martirio de mis originales ocurrencias..... Jamás hubiera soñado un éxito tan completo. Aborrecía al mundo, y el mundo se venga aplaudiéndome; no se dirá que no es generoso. Yo había soñado..... otra cosa..... otro mundo, otra especie de felicidad..... Aun me parece ver aquel semblante..... Bah..... pobre Magdalena.....»

Aquí se detuvo sin saber qué cara ponerle al recuerdo de la olvidada vecina, cuya pálida imagen surgía del fondo de su pensamiento triste y silenciosa como deberá salir

un cadáver del fondo de su sepultura; lo cual debe inducirnos á creer que, aunque muerta para su corazón, aún vivía escondida en los ocultos rincones de su memoria la imagen de Magdalena.

Parecía inclinado á sonreirse, como quien dice: ¡qué tontería!..... y al mismo tiempo parecía dispuesto á entristecerse, como si quisiera decir: ¡qué lástima!..... Situación de ánimo que experimentamos siempre que nos acomete algún recuerdo que queremos desechar porque nos molesta.

Realmente, la inconstancia de Miguel para con Magdalena no era un delito de lesa majestad, ni un crimen de alta traición, para que se dejara castigar por el verdugo de los remordimientos; en cualquier tribunal, aún formado por los corazones más severos en punto á constancia, habría sido absuelto, ya que no hubiese sido premiado; pero no eran precisamente remordimientos lo que Miguel sentía al recordar á Magdalena; no era la inquietud que causa la consideración de un mal hecho, sino algo semejante al vacío que abre en el alma el súbito recuerdo de un bien perdido.

Yo imagino que debía experimentar esa vaga tristeza que nos acomete cuando en la plenitud de la vida y en medio de las agitaciones del mundo recordamos la paz de la casa en que nacimos y la inocencia de los juegos de nuestra infancia; esa pena, digámoslo así, pueril, con que el hombre recuerda que ha sido niño.

Los recuerdos son por su propia naturaleza tristes, porque son imágenes de cosas pasadas, más que pasadas, de cosas que no volverán; y ya sabemos por propia experiencia el atractivo con que se revisten en nuestra memoria los recuerdos de lo que ha pasado para no volver nunca.

Huyendo de lo pasado, huyendo del recuerdo impertinente de Magdalena, se refugió de nuevo en las esperanzas lisonjeras de lo porvenir, y reanudó su pensamiento, exclamando:

«No, no puedo resignarme á ser simplemente amante ó marido; las mujeres se cansan pronto de los hombres que no saben más que amarlas. La natural inconstancia de su corazón necesita variedad en las impresiones,

continúa novedad en los accidentes; la que se resigna á amar á un solo hombre en todo el discurso de su vida, es á cambio de que ese hombre sea continuamente á sus ojos un sér distinto; siempre el mismo y siempre otro; la variedad en la unidad, hé ahí el secreto de la naturaleza, del arte y del amor; agradar siempre, tal es el amor, el arte y la naturaleza..... Sin dejar de ser el mismo, es necesario que empiece á ser otro. La fortuna me ha puesto alas, volemós..... Icaro fué un loco pretendiendo escalar el cielo, pero yo sería un tonto si no pretendiera escalar la sociedad..... Es un insensato el que se rompe las manos llamando á una puerta que no se abre, pero cuando la escalera se tiende á nuestros piés para que subamos, es un pobre diablo el que no sube. Vamos, hay que ser grande hombre.....»

No sé con qué grandeza se vería pintado en el cristal algo turbio de su imaginacion, ó si no sabiendo cuál elegir, acabaría por apropiarse todas las grandezas humanas, puesto que tratándose de sí mismo y teniéndolas tan á la mano, es de presumir que no

se quedára corto en prodigárselas; pero es el caso que se vió de pronto atraído desde las alturas de sus imaginaciones á la baja realidad de las cosas, como el que cae del cielo á la tierra.

No fué ciertamente el sol el que se tomó el trabajo de derretir sus alas de cera, corrándole, como á Icaro, el ímpetu de su vuelo; no fué el rey de los astros, sino un lacayo de la casa, quien, apareciendo de repente, lo sacó del abismo de sus embrollados pensamientos.

—¿Qué ocurre?..... preguntó con el ademán desapacible del hombre que se ve bruscamente detenido en su triunfal carrera, ó como aquel á quien despiertan de un sueño delicioso.

—Señor..... contestó el criado, sin atreverse á continuar.

La palabra *señor* sonó agradablemente en los oídos del secretario, y repitiéndola, dijo:

—Señor..... ¿qué?

—Que hay ahí una mujer empeñada en entrar.

—¡Una mujer!.....

- Así parece.
- ¿Y qué quiere esa mujer?
- Quiere entregar una caja que trae asi-
da con las dos manos.
- Pues bien, que la entregue.
- Ya..... es que no quiere soltarla.
- Entónces.....
- Ahí verá V.....
- ¿Para quién es esa caja? preguntó Mi-
guel.
- Para el señor, contestó el criado.
- ¿Para qué señor?..... volvió á pre-
guntar.
- Para V.
- ¡Una caja para mí!..... dijo Miguel re-
flexionando..... no es posible; no tengo en
este momento idea de caja ninguna; esa mu-
jer estará equivocada.
- Ca, no señor, replicó el criado; ella
sabe muy bien lo que se pesca.
- ¿Pues qué dice?
- No dice nada.
- Entónces, ¿cómo sabe V. que no vie-
ne equivocada?
- Ya; porque entró preguntando por

usted; yo le salí al encuentro, diciéndole: el
señorito no está en casa. Sí está en casa el
señorito, me contestó. Digo que no está, le
repliqué. Digo que sí está, insistió ella.
¿Querrá V. saberlo mejor que yo? le pre-
gunté. Sí, me contestó; porque sé que no
ha salido, y cuando una persona no sale de
su casa, es claro que está en ella. Ayer ave-
rigüé que vivía aquí, y vine tres veces, y las
tres veces me dijeron lo mismo: no está en
casa; pero hoy no se me escapará; desde que
amaneció estoy de centinela en la calle espe-
rando que salga, y como no ha salido, sé
positivamente que está en casa. Señora, le
dije, es V. muy terca; quien sabe positiva-
mente que no está, soy yo, pues hace media
hora que el mismo señorito me dijo: Fer-
min, no estoy en casa. ¿Querrá V. saberlo
mejor que yo y mejor que él mismo? En ese
caso, dijo, esperaré que venga, y sin más
ceremonia, se sentó en el divan del recibi-
miento.

Miguel se encogió de hombros, pregun-
tando:

—Pero, en fin, ¿qué es lo que quiere?

— Quiere entregarle á V. en propia mano la caja que trae debajo del pañuelo.

— Es una impertinencia, dijo Miguel, midiendo á largos pasos la extension de la alfombra andando de un extremo á otro de la habitacion.

— Eso digo yo, añadió el criado.

— Semejante empeño en verme me hace suponer que algo viene á pedirme.

— Por supuesto, dijo el criado, confirmando la suposicion de Miguel.

— Pero esa caja..... ¡qué demonios traerá en esa caja!.....

— Toma, toma, exclamó el criado; alguna engañifa para sacar dinero.

— Eso es lo probable, dijo Miguel, y lo mejor es que le diga V. que estoy muy ocupado y no puedo recibir á nadie. Y metiendo las ociosas manos en los bolsillos del pantalón, dió media vuelta, girando como un recluta sobre el pié derecho.

El criado salió á dar cumplimiento á la órden que acababa de recibir, pero á los dos minutos ya estaba otra vez allí.

— ¿Se ha ido? preguntó Miguel.

— Ca..... contestó el criado.

— ¡Cómo ca!..... exclamó Lanuza.

— Dice que no tiene prisa, y que esperará á que V. se desocupe.

— Pues larga la lleva..... Pregúntele V. de parte de quién trae esa caja.

Salió de nuevo el criado con la precipitacion de un correo de gabinete que lleva pliegos importantes, y con la misma precipitacion volvió, trayendo esta respuesta:

— Dice que viene de parte de una hermosa señora; de una señora muy hermosa.

— Vamos, exclamó Miguel, sonriendo con cierta satisfaccion; no veo manera de echarla, y al fin será preciso recibirla; dígala V. que pase.

Por tercera vez salió el criado, quedando Miguel solo, poseido de esa curiosidad que en igualdad de circunstancias todos experimentan; curiosidad que nosotros mismos, simples testigos de esta aventura, tambien experimentamos.

Una caja cerrada, dentro de la cual hay algo que no sabemos lo que es, basta para excitar la curiosidad; y si á la caja misterio-

sa se añade la idea de una mujer hermosa, que tambien misteriosamente oculta su nombre, la curiosidad se convierte en interes.

Miguel debió pensar poco más ó ménos lo mismo que nosotros pensamos, á saber: ¿Qué caja será ésta?..... ¿qué contendrá esa caja?..... ¿Quién será esa mujer hermosa? ¿Será la Marquesa, que le envia de ese modo algun regalo digno de su amor y de su opulencia?..... ¿Será la criolla, que tiene el capricho de sorprenderlo con algun delicado obsequio?..... ¿Será otra marquesa ú otra criolla la dama misteriosa de esta nueva aventura?..... Miguel estaba en boga, la fortuna lo acariciaba con el favor de las mujeres, y bien podia presumir, como podemos presumirlo nosotros, que en el fondo de la caja se ocultaba el hilo de alguna intriga amorosa enteramente nueva.

Restregándose las manos y guiñándose á sí mismo el ojo, llegó al extremo de la habitacion opuesto á la puerta que daba á la biblioteca, y al volverse se encontró frente á frente de una especie de vision, que de pié é inmóvil, y con una pequeña caja de pino

en la mano, lo miraba con ese fruncimiento desdenoso de boca con que se demuestra á la vez la compasion y el desprecio.

Dió Miguel dos pasos teatrales hácia la figura que tenía delante, y se quedó contemplándola con la boca abierta.

Despues de un momento de muda contemplacion, dudando aún de la realidad, exclamó :

— Señora.....

La mujer, tomando la exclamacion por una pregunta, contestó lacónicamente, moviendo la cabeza :

— Señora Gertrúdis.

En efecto, Miguel tenía delante á la portera.

— No sé, dijo la señora Gertrúdis, á qué viene esa admiracion ; parece que ve V. en mí á un alma del otro mundo, y la verdad es que todavía me tiene Dios en este valle de lágrimas y de desdichas.

— Magnífico, exclamó Miguel..... la sorpresa es completa..... cuando yo creí que vendria V. á darme el parabien por mis prosperidades, me encuentro con que ese tono lacrimoso me anuncia más que una enhora-

buena un pésame: si yo fuera supersticioso creeria que habia muerto, segun la veo á V. afligida, y si fuera susceptible, sospecharia que la entristece mi fortuna.

—No sé, replicó la portera, arqueando las cejas, si el buen muchacho que yo recibí hace dos años en mi casa como huésped, y á quien he tratado como hijo, vive todavía ó ha muerto; mas por lo que hace á la fortuna de vivir en esta casa, que parece un castillo encantado, yo, ¡caramba! lo digo como lo siento, no se la envidio.

—Vamos, V. está resentida conmigo y confieso que, así á primera vista, cualquiera creeria que tiene V. razon, porque al fin hace mes y medio que salí de aquel cuarto, y ésta es la bendita hora en que todavía no he vuelto: he incurrido, pues, en el desagrado de la buena portera, á quien no tuve la precaucion de decir: «Señora, no vuelvo.» Hé ahí mi falta; oiga V. ahora mi excusa, porque no quiero tener enojada á la que me recibió en su casa como huésped y durante dos años me ha tratado como hijo, merced á siete reales diarios, pagados puntualmente el

primer dia de cada mes, segun convinimos, aunque no recuerdo cláusula alguna por la cual este contrato habia de ser eterno.

—Mucho trabajo me ha costado encontrarlo á V., dijo la portera, pero ¡válgame Dios! no creí que estaba tan perdido; mas se equivoca V. muy mucho si cree que es la señora Gertrúdis la que ha venido á buscarlo.

Miguel soltó la carcajada, al mismo tiempo que la portera, levantando la punta del delantal, se enjugó los ojos, mientras su antiguo huésped le decia:

—Si no es la señora Gertrúdis en persona con todos sus pormenores y accidentes la que ha venido á buscarme, ¿podré saber con quién tengo el honor de hablar?

—La señora Gertrúdis, contestó la portera, no estaria aquí si otra persona mucho más digna de respeto que yo no me hubiera obligado á venir.

—¡Otra persona! exclamó Miguel.

—Otra persona, replicó la señora Gertrúdis.

—No sé, replicó el amante de la Marquesa encogiéndose de hombros.

— Luégo dicen que el saber no ocupa lugar, y es mentira, porque V. ha aprendido tantas cosas, que ya no sabe ni quién puede venir á buscarlo con tanto empeño á esta casa, donde se me figura á mí que ha entrado V. con malísimo pié.

Miguel dió un paso hácia atrás con todo el aire cómico que le fué posible, y haciendo la señal de la cruz con el pulgar y el índice de la mano derecha, exclamó:

— En nombre de Dios te pido que me digas de parte de quién vienes y qué quieres.

Entónces la señora Gertrúdis colocó encima de la mesa del escritorio la caja que llevaba en las manos, y viéndola Miguel, dijo, variando de actitud y de semblante:

— Hola..... esa caja es.....

— Esta caja es una sepultura, se apresuró á decir la portera.

— Oh, qué fúnebre viene hoy la señora Gertrúdis, exclamó el amante de la Marquesa; trae cara de responso, voz tenebrosa y aire de profundis.

— Eso quiere decir que vengo de parte de un difunto.

Miguel tuvo en esta ocasion el malísimo gusto de santiguarse para dar más viva expresión á su fingido asombro, y en realidad para no descubrir cierta inquietud que experimentaba desde que reconoció á la señora Gertrúdis.

— Bien, dijo, veamos qué quieren los muertos.

— Los muertos quieren lo que no debían olvidar los vivos.

— Habla V. como un sepulcro hablaría si por un momento le concediera Dios el dón de la palabra, y no acierto á decidir si su presencia de V. en este lugar es una aparición ó una visita.

— Jamas hubiera pensado en venir, porque..... vamos, tenía cierta esperanza de que había V. de volver..... Alguna vez, decia yo, se acordará de la señora Gertrúdis..... pero pasaba un dia y otro dia, y nada..... llegué á pensar si le habria á V. sucedido alguna desgracia..... Una mañana barria y arreglaba el cuarto y hacia la cama, como si V. hubiera de ir á la noche, cuando de pronto se abrió de par en par el armario de pino, lo mismo

que si una mano escondida dentro hubiera empujado las dos puertas á la vez.

—Cosa rara, exclamó Miguel.

—Ya sé yo, prosiguió la portera, que ese armario, desde que se le perdió la llave, tiene el vicio de abrirse solo, pero se abre poco á poco, quedándose entreabierto, y esta vez se abrió de golpe y de par en par..... Acudí á cerrarlo, juntando las puertas y apretándolas una contra otra; mas apénas volví la espalda, cuando ¡zas! volvieron á abrirse del mismo modo. Por segunda vez lo cerré, dando con el puño en las dos puertas para que quedáran mejor encajadas; pero sí, como si se lo hubiera dicho á un sordo, pues en cuanto separé las manos las dos hojas volvieron á abrirse. Era una gracia que maldita la que á mí me hacía, y no era cosa de dejar al armario que se saliera con la suya..... Me crucé de brazos y muy formalmente le dije: «¡Qué demonios tiene V. hoy!..... ¡Vamos á pasarnos aquí el día, V. abriéndose y yo cerrándolo?..... Miren si el vejestorio.....» Diciendo esto junté otra vez las dos hojas para encajarlas de nuevo; pero al unirlas vi

que en aquel instante habian crecido lo suficiente para no encajarse quedando una sobre otra. Esto pasaba de castaño oscuro, y dije para mí: ¿alguien hay aquí dentro..... pero no habia nadie más que unos cuantos libros viejos y una caja de pino.....

—Sí, dijo Miguel, esa caja.....

—Espere V., que no he concluido. Saqué la caja y la abrí, y encontré dentro el estuche que V. me habia enseñado algunas veces: abrí tambien el estuche, y como una tonta me quedé contemplando el medallon, sin poder apartar los ojos del retrato. Me pareció que la señora estaba más pálida, que sus labios se movian como si quisieran hablarme, tanto que me acerqué el retrato al oído..... pero no me dijo nada; en cambio veia yo que sus ojos no se apartaban de los míos: lo ponía de un modo y me miraba; de otro y tambien me miraba..... vamos, me miraba siempre..... juraría que me preguntaba por su hijo. Entónces le dije en voz alta, para que me oyera bien: «No se aflija V., señora, por ese ingrato, que no lo merece; es un mal hijo, que se deja á su

madre abandonada en el rincón de un armario y no vuelve á acordarse de ella..... pero aunque se esconda en el centro de la tierra lo encontraremos; yo no me separaré de V. hasta que parezca ese niño perdido, que ha hecho ya más daño que una nube de piedra.»

Aquí Miguel, impaciente, quiso interrumpirla; pero ella alzó la mano hasta ponerla en la boca, y siguió diciendo:

—Déjeme V. concluir, que traigo el saco lleno, muy lleno, y no saldré de aquí sin haber desembuchado hasta la última palabra..... Metí el estuche en su caja, que puse encima de la mesa para cerrar el armario, porque no era cosa de que se riera de mí semejante mueble..... pero volví la cabeza y me quedé atónita, sin saber lo que me pasaba; me santigué tres veces exclamando: ¡*Él dulcísimo nombre de Jesus!* Figúrese V., figúrese V. cómo me quedaria al ver al señor armario cerrado, enteramente cerrado, como si tal cosa, como si nunca se hubiera abierto..... Las dos hojas se habian unido, encajándose una contra otra como si la mano de un carpintero invisible las hubiera juntado.

Aquello era algo..... algo de tejas arriba que yo no sabía lo que era..... aquello queria decir algo que yo no entendia.

Miguel se sonrió compasivamente, y ella exclamó con verdadera lástima:

Se rie V..... y el caso no es de risa; pero usted tiene tambien las ideas del día para que que no le falte nada, y creará, pobre hombre, que el dedo de Dios no llega á todas partes; que la hoja del árbol puede moverse sin la voluntad del que la hizo.

Miguel la interrumpió diciendo:

—Pero, señora, ¿por qué mete V. á Dios en esas pequeñeces?..... ¿le parece á V. que no tiene otra cosa que hacer más que abrir y cerrar armarios? Si ese mueble desvencijado tenía el vicio de abrirse solo, ¿por qué no le ha de conceder V. la virtud de cerrarse por sí mismo cuando lo tenga por conveniente?

La portera no encontró á la mano la réplica que merecia semejante observacion; pero habia en su fe una terquedad envidiable, y siguió en sus trece exclamando:

—¡Oh, qué disparate!..... Si yo hubiera creído eso no estaria aquí ahora; la pobre ma-